

Prontuario provisional

Felipe Benítez Reyes

ACADEMIA. 1) En un principio, nombre que se daba a la escuela socrática de Platón, allá en las inmediaciones de Atenas. Según dicen quienes tienen autoridad para decir algo al respecto, debe su nombre al héroe Academos, que a su vez daba nombre al jardín en que se hallaba aquella escuela suburbial que acabó siendo cerrada por el emperador Justiniano cuando ya el platonismo se había transformado en neoplatonismo o quién sabe si incluso en plotinismo. 2) Por antonomasia, institución madrileña con una idea sufragista del Parnaso y de la lexicografía. 3) Por extensión, cualquier peña local de próceres municipales que, a imitación de los próceres estatales, leen un discurso de ingreso ante unas autoridades atónitas, sienten su vida llevada al cenit del ringorrango y se van luego a almorzar con lo más selecto de la asistencia, todos ellos liberados ya de la amenaza de los discursos. (O tal vez no.)

ALBA. Algo que sólo es digno de ser visto por un niño, porque los adultos sólo se merecen amaneceres.

ALCOHOL. El guitarrista Eric Clapton ha confesado: «En los momentos más bajos de mi vida, la única razón por la que no me suicidé fue que sabía que no bebería más si estaba muerto».

ALMA EN PENA. Sólo tenemos certeza de lo segundo.

ALMOHADA. 1) El relleno de una almohada puede ser de diversos materiales, incluida la pluma de aves desplumadas. Como suena: existe gente que duerme sobre los restos mortales de seres voladores. Hay que tener valor, desde luego, para apoyar la cabeza en una almohada de pluma y dejar que la cabeza en cuestión planee a su aire por las regiones ondulantes de los sueños: lo mismo sueñas, no sé, que eres un pato al que persigue el punto de

mira de una escopeta, o que eres un ángel aterrado de tener alas en la espalda, porque te duelen, de modo que, en un mal día, maldices a Dios y te conviertes en un ángel caído, fétido y pérfido, allá en las regiones infernales, agitando alas negras, tintadas por las tenebrosidades de tu alma echada a perder. O qué sé yo: apoyas la cabeza en una almohada de pluma y lo mismo sueñas que eres el jefe de una tribu apache, y en la mayoría de las ficciones los apaches tienen todas las papeletas de la tómbola de la desdicha, así que vas a descansar poco, porque los desdichados viven instalados en el desasosiego. Etcétera. 2) Si las almohadas hablasen, nos quedaríamos de piedra. La única ventaja de los sueños es que se olvidan casi a la vez que se conciben, aunque es probable que nuestra almohada lleve un registro de todos nuestros sueños, ya sean amables o atroces. En el interior de una almohada es posible que se tejan laberintos minuciosos, con muros hechos con los despojos de la razón, y eso está ahí, ¿verdad? Cuando cambiamos de almohada, nos pasamos dos o tres días sin soñar gran cosa, porque nuestra cabeza duerme sobre una materia impoluta. Pero, a partir del cuarto día, vuelven los sueños, con todo su vodevil de sinsentidos, con su circo freudiano, con su guiñol de alucinaciones: nuestra almohada se ha manchado con los vertidos invisibles de nuestra mente, y es ya un elemento tóxico del menaje doméstico. 3) Cuando dormimos en un hotel, jamás logramos descansar del todo, porque se nos cuelan en la cabeza los sueños confusos de los miles de viajeros que nos han antecedido en el uso de la almohada en cuestión, y no es raro que, en mitad de la madrugada, se despierte uno sobresaltado, sudando, aterrado de sí mismo: te has contagiado de un sueño ajeno, demasiado exótico para tu conciencia; un sueño quizá inacabado que andaba errante por el tejido del relleno de la almohada, buscando una víctima anónima y fortuita para cumplirse, porque a los sueños no les gusta que se les deje por la mitad, al saber de sobra que por ese flanco les viene su desprestigio histórico: ser el territorio natural de la inconsecuencia, a pesar del optimismo de algunos psicoanalistas. 4) Sólo añadir que la almohada de un enfermo viene a ser parte de su enfermedad: esa blancura sucia que esponja el sudor y la fiebre, que sirve de bosque encantado para la microfauna bacteriológica o vírica y de apoyo para una cabeza despeinada, con ojos visiona-

rios, ardientes y rojizos, como si estuviesen sufriendo una visión anticipada de los trasmundos, que es adonde nos iremos todos cuando nos llegue la hora, como no hace falta decir.

ALUSIÓN. Tocar con la yema de los dedos algo que requeriría ser sostenido con ambas manos y que, sin embargo, si hay suerte, se mantiene suspendido en el aire con la tensión de un arco a punto de lanzar una flecha en la dirección más imprevista.

AMBICIÓN. Cuando se trata de una aspiración sin meta, el que la padece acaba siempre en el punto de partida, con las manos vacías, asombrado de verse las manos vacías, por llenas que las tenga.

AMBIGÜEDAD. 1) Una especie de polisemia que se hace la tonta y que puede ser un defecto retórico o un recurso retórico. 2) Un ni lo uno ni lo otro que indica el punto de intersección de casi cualquier apreciación con su indefinición intrínseca, como quien dice. 3) Holograma conceptual espejeante.

APORÍA. Mezcla de duda y de lío.

AURORA. Stéphane Mallarmé la vio como un «plumaje heráldico» y, lo que es más, como «un estanque de púrpura cómplice».

BARROCO. Época artística en que las columnas podían retorcerse como una sogá y en la que de los sonetos podía salir, como un cuco de un reloj de cuco, un imponente dios mitológico o, como poco, una náyade.

BLAKE, William. El escritor Julien Green nos dejó esta apreciación que hubiera resultado alarmante para la madre del poeta: «Casi creeríamos que era hombre por error, ya que tan poco se parecía al resto de la humanidad».

BREVEDAD. 1) Marco Terencio Varrón legó a la incierta posteridad la siguiente advertencia: «Todo discurso debe tener como meta la utilidad, a la que llega cuando es claro y breve, cualidades

que exigimos porque el orador oscuro y extenso resulta odioso: que logre decir las cosas claras, para que se le entienda, y que las diga de manera breve, para que se le entienda antes». 2) En su novela *Jacques el fatalista*, Diderot escribe: «Si os disgusta un poco lo que acabo de deciros, agradecedme en cambio todo cuanto dejo de decir».

CALIGRAFÍA. Algo así como la poesía neoclásica de nuestra infancia.

CARLYLE, Thomas. Samuel Butler se permitió la siguiente maldad: «Fue una bendición de Dios que Carlyle y su mujer se casaran, ya que de ese modo fueron desgraciadas dos personas en vez de cuatro».

CORRECCIÓN. 1) Según Macedonio Fernández, lo que nos hace geniales. 2) Se cuenta que el poeta argentino Baldomero Fernández Moreno, de natural muy vanidoso, se preguntaba: «¿Quién soy yo para corregir lo que he escrito?»

CRÍTICA SIMPÁTICA. 1) Modalidad de crítica en la que no se refleja tanto la relación que un lector remunerado ha mantenido con un libro como la que mantiene con su autor. *Ejemplo práctico:* Rafael Conte, veterano reseñista de novedades narrativas, escribe hoy: «Excesivamente compleja, con demasiada carga científica quizá, esta gran novela no cuaja al final, pero anuncia una totalidad que se avecina como inminente». (Pues enhorabuena.)

DOBLE VIDA. Madame Zilensky, personaje de un relato de Carson McCullers, dedicaba todo su tiempo a enseñar y componer música. Como no le quedaba hueco en el día para más, mentía sobre los detalles más nimios de su vida cotidiana: se pasaba la tarde componiendo y decía a la gente que la había pasado jugando a las cartas. (Se trata, de acuerdo, de una doble vida mucho menos aparatosa que la del doctor Jekyll, pero tan melancólica, que ni siquiera parece doble, sino más bien la mitad de la mitad de dos vidas muy insignificantes, y de ahí tal vez la fortaleza de su pequeño horror.)

DRÁCULA. La configuración moderna de este antiguo mito del folclore rumano se la debemos a un novelista irlandés: Bram Stoker, de quien se dice que concibió su obra aterradora en medio de las alucinaciones que le provocó una indigestión de cangrejo –así estaría el cangrejo–. Enfermo luego de sífilis, repitió alucinaciones: moribundo en una mísera pensión londinense, se pasó las últimas horas de vida señalando un rincón de su cuarto y repitiendo la palabra «strigoi», que en rumano significa vampiro. (Mala suerte, Bram. Muy mala muerte.)

EDICIÓN DE AUTOR. El poeta argentino Nicolás Olivari (1900-1966) se costeó la edición de un libro y se inventó unos editores, a saber: Llosibol y Midedogapa.

ERUDICIÓN. Forma de conocimiento que se adquiere gracias a la sabiduría ajena.

ESPEJO. Cuando vas a comprar un espejo, el comerciante no te avisa de que se trata de un objeto defectuoso. (A fin de cuentas, su tarea consiste en vender, no en atribular a la clientela con detalles desagradables.) En principio, no te advierte de que es un artefacto que sólo tiene capacidad para reflejar imágenes inversas. Después de siglos y siglos fabricando espejos, la humanidad, tan habilidosa para otras cuestiones, no ha logrado corregir ese defecto, y no se percibe entre los investigadores industriales una voluntad firme de corregirlo en un futuro inmediato.

Por otra parte, los espejos son objetos perecederos y sumamente deteriorables: envejecen con nosotros. Cada arruga que nos sale le sale también a nuestro espejo, y no tenemos derecho a reclamación. Si decidimos comprar un espejo sin arrugas, siempre somos víctimas de un timo: nos venden un espejo de segunda mano, que viene ya con las arrugas incorporadas.

Existen espejos cóncavos y convexos, en los que más vale no verse reflejado, a menos que uno tenga vocación de convertirse en personaje de pesadilla ante sí mismo. Por si fuese poco, quiere la leyenda que los espejos se niegan –ellos sabrán por qué– a reflejar a los vampiros, y eso tal vez que salen ganando esos seres noctámbulos y sedientos que suelen tener su cuna –y su ataúd– en Transilvania.

ESTILO. 1) Según las regiones. 2) Cicerón distinguía tres tipos: el estilo tenue (o ático), el estilo medio y el estilo elevado, él sabría por qué. 3) Según R.L. Stevenson, «la impronta inconfundible del maestro, y la única cualidad que el aprendiz que no aspira a contarse un día entre los gigantes puede, sin embargo, mejorar a voluntad». 4) En su *Libro del desasosiego*, Fernando Pessoa hace la siguiente anotación: «Analizándome esta tarde, descubro que mi sistema de estilo se asienta en dos principios, y de inmediato, y con la buena manera de los buenos clásicos, erijo estos dos principios en fundamentos generales de todo estilo: decir lo que se siente exactamente como se siente —claramente, si es claro; oscuramente, si es oscuro; confusamente, si es confuso—; comprender que la gramática es un instrumento, y no una ley». 5) Según Chesterton, uno de los nombres del espíritu. 6) Jorge Luis Borges le comentó en una ocasión a Bioy Casares que «las personas de gran facilidad no tienen tiempo de refinar su sentido verbal. Para perfeccionar de veras el estilo, un autor debe haber luchado alguna vez con una innata dificultad de expresión». 7) Según Ricardo Piglia, «el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo». 8) Montaigne confesó: «Cuando escribo, me las arreglo bien sin la compañía y el recuerdo de los libros, por miedo a que interrumpen mi estilo; además de que, a decir verdad, los buenos autores me desalientan demasiado y quiebran mi valor». Y se compara luego con un cierto pintor que, tras haber pintado muy mal unos gallos, prohibía a sus discípulos que gallo alguno entrase en su taller.

ESTILO HALLADO. Al entender de Nietzsche, una ofensa para quien posee un estilo rebuscado.

ESTILO MANDARÍN. Al criterio de Cyril Connolly, «el estilo de los escritores que tienden a hacer que su lenguaje transmita más de lo que quieren decir o más de lo que sienten es el estilo de la mayoría de los artistas y de todos los farsantes, y al que siempre amenaza una oposición puritana». Según Connolly, representantes célebres de este estilo mandarín serían Donne, Browne, Addison, Johnson, Gibbon, De Quincey, Candor, Carlyle y Ruskin.

ESTILO REPUDIADO. Samuel Butler no dudó en jactarse de lo que se transcribe a continuación: «Me gustaría dejar constancia de que jamás me he esforzado lo más mínimo por mi estilo, nunca he pensado en él y no sé ni quiero saber si es un estilo o no, o si no es, como creo y espero, pura y simple franqueza. No concibo cómo un hombre puede dedicarse a pensar en su estilo sin una pérdida para sí mismo y para sus lectores».

FAULKNER, William. Si hubiera nacido en el norte, ¿qué?

FERRETERÍA. Entrás en una ferretería y te das cuenta de que huele a cosas que en principio parecían inodoras: el acero, el cobre, una manivela de puerta, un bote cerrado de pintura... Olores imperceptibles y metafóricos que, en conjunción, crean un olor unánime: el olor inconfundible de las ferreterías.

Las ferreterías son la jungla ordenada de la utilidad, pues poco sitio tienen en ellas los objetos ornamentales y ningún sitio los suntuarios, por más que vendan algún que otro género lujoso y brillante, como bocallaves con relieves barrocos o burletes dorados, o espejos igualmente dorados y barrocos, que no por su acabado se salen del ámbito de lo útil, ya que nadie necesita un espejo barroco y dorado, pero todo el mundo necesita un espejo a lo largo del día.

Para el cliente, las ferreterías resultan un reino caótico, un laberinto de escofinas, tornillos, flexómetros y cáncamos, pero para el ferretero es un reino que domina a golpe de vista, pues cada cosa está donde tiene que estar: cualquier alteración fortuita supondría un cataclismo, una mudanza trágica para la taxonomía prodigiosa por la que se rige el negocio. «Necesito una varilla roscada DIN 975 A2 16», le dices al ferretero, como quien pronuncia un conjuro, y él, en vez de poner gesto de estupor, que es lo que haría cualquiera ante un requerimiento de ese tipo, asiente, coge una escalera, asciende a los cajones intermedios de la estantería y saca una caja repleta de varillas roscadas DIN 975 A2 16.

Todas las jergas gremiales –salvo la médica tal vez– resultan hermosas. Esperas turno en una ferretería y, mientras tanto, oyes en boca de los clientes palabras que te hipnotizan con su eufonía, que viene a ser el factor lírico de las herramientas: ingleteadota,

tirafondo, alicate, desbarbadora, calibre... A veces, incluso, un toque cosmopolita por parte de un obrero que ha tenido que interrumpir la faena por una necesidad urgente: «Quiero una llave Stilson...» Y el ferretero pone sobre el mostrador la llave Stilson, y miras con curiosidad la llave Stilson, y ya sabes para siempre en qué consiste una llave Stilson.

Lo que casi nunca sabe un ferretero es el precio de la mercancía, por ser tan variada, y tan inabarcable para una capacidad mnemotécnica corriente: bastante tiene con mantener a flote en la memoria tornillos y tuercas de distintas dimensiones, bisagras de todo tipo, punzones de grosor diverso, ya que la iconografía de la memoria de un ferretero debe de ser una especie de poema futurista italiano, con arcángeles de latón y alas de chapa.

Una vez que te ha servido, el ferretero abre una carpeta voluminosa como un códice medieval, se cala unas gafas de intelectual más o menos pesimista y busca en ella el precio de lo que te llevas, y lo que te llevas puede ser algo tan extraño como una fresa para pernio, algo tan inquietante como una pistola de aire caliente, algo tan contundente como una remachadora, algo tan imponente como una amoladora, algo tan sobrecogedor como un sacabocados.

Por lo demás, sólo sugerir que el patrono de los ferreteros debería ser el Hombre de Hojalata, aquel personaje de novela que anhelaba tener un corazón.

FILOMENA. Pájaro que trina en los poemas del siglo XVI y que aparece en el verso más inesperado como el cuco de un reloj de cuco.

GALANTERÍA. En una carta dirigida a Madame Rattazzi, Victor Hugo escribe: «Los poetas no hacen sino ilíadas; sólo Dios hace mujeres como vos».

HOMOSEXUALIDAD. El Ismael que nos relata la novela *Moby Dick*, ante la perspectiva de tener que compartir cama en una hospedería con el semisalvaje llamado Queequeg, asegura: «A ningún hombre le gusta acostarse con otro». (Aunque, unas páginas más adelante, una vez estrechada la amistad entre ambos,

Ismael le dice: «Queequeg, acuéstate un momento a mi lado y escúchame».)

INSPIRACIÓN. 1) ¿Un determinado estado de ánimo en conjunción con una ocurrencia? 2) ¿Un estado de ánimo, ni mejor ni peor que otro? 3) ¿Sinónimo solemne de «ocurrencia»? 4) Materia abstracta que, no se sabe bien por qué, se supone que desciende.

INTERPRETACIÓN. Según el príncipe de Lampedusa, «la peor de las interpretaciones posibles de un acontecimiento es siempre la verdadera».

LIPOGRAMA. Artificio retórico retorcido en el que siempre sale malparada alguna letra del alfabeto, en especial las pobres vocales.

UNICORNIO. Especie extinguida por su falta de decisión a la hora de embestir ©